

todos los prestigios de la historia. En ellos retrocedió el encrespado y horrible oleaje de la barbarie; en ellos dió su primer vagido la libertad de pensar por boca de Abelardo. Brillaba entonces la Universidad de aquella comarca privilegiada con grandiosos esplendores y al calor de estos esplendores iban á guisa de mariposas las almas enamoradas de las novedades en boga. Delante de los nuevos reformadores las formas escolásticas se rompian como se rompen las películas en toda fecundacion de los gérmenes. Un nuevo espíritu surgia en el antiguo espíritu. Al abrirse los brazos de los nuevos creyentes y levantarse al cielo sus manos, separábanse los siglos medios de los siglos modernos como la luz de las tinieblas al crear Dios el mundo. En medio de grandes errores, no puede, no, desconocerse que los revolucionarios espiritualizaban las almas y eterizaban las ideas, sustituyendo á la forma la esencia y al rito vacío la viviente realidad. En torno, pues, del nuevo reformador, congregábanse numerosos cenáculos de jóvenes y ardientes apóstoles. Los jardines de los grandes magistrados, las grutas de las cercanas campiñas servian de refugio á las primeras asambleas calvinistas. Poitiers señala en la vida del reformador esta grande trasformacion. Ya no aparece allí como el discípulo tímido deslizándose en las orejas de sus compañeros á hurtadillas palabras de renovacion mas ó menos radical y progresiva, sino como el organizador audaz y persistente, componiendo un gran ejército cuyo mando y direccion asumia. En este tiempo brindáronle con los beneficios eclesiásticos anejos á las familias pudientes de aquella edad, y aunque tonsurado ya, tonsura que le recordaba las iniciaciones de los sacerdotes egipcios en los cultos de Serapis é Isis, renunció á todo para encontrarse libre de lazos con la Iglesia y autorizado á la guerra mortal que le tenia ya definitivamente declarada. Rechazó, pues, las ofertas de sus parientes para los beneficios eclesiásticos; desoyó los clamores de sus amigos para que se fijara de nuevo en las tierras donde comenzara su existencia; vendió los pocos bienes patrimoniales que poseia en Noyon, y ansioso de difundir la idea que llevaba en su mente y que trascendia de continuo á sus labios, partióse hácia París.

La capital de Francia pasaba por uno de los cambios bruscos tan habituales en la complexion tornadiza del Rey Francisco I. Inclínabase á la inte-

ligencia con su primo el Rey de Inglaterra, y la inteligencia con su primo el Rey de Inglaterra le inclinaba por su parte á la tolerancia con las novedades religiosas y los innovadores franceses. Así París se inundaba en todas estas veleidades régias de libros sudados por la prensa recién montada que cumplia su ministerio providencial de renovar y de rehacer la humana conciencia. Mientras tanto el nuevo campeón de la Reforma Enrique VIII y el vacilante Rey de Francia Francisco I se reunieron en Bolonia para proveer á las demandas de la liga de Esmalcalden. Francisco I bailó con Ana Bolena, homenaje prestado á la herejía inglesa, pero al mismo tiempo escuchó al partido español y católico de su corte, para que nunca faltasen la contradicción manifiesta en su inteligencia y la incertidumbre todavía mas manifiesta en su voluntad. Y sin embargo, por aquellos días el Protestantismo caminaba rápidamente á su victoria. El dinero de Francia, ya que no sus hombres, habia pasado en gran copiosidad á manos de los príncipes revolucionarios de Alemania que acababan de conquistar el Wurtemberg y de imponer á Fernando de Austria edictos de tolerancia. La revolucion, pues, corrió á su arbitrio por la Pomerania, el Mecklemburgo, Brunswick, Dinamarca, Sajonia, y el Palatinado del Rhin.

Pero ¡ah! que adolecia de varias y crueles enfermedades el pobre Rey de Francia. Su brillante conversacion se interrumpia, su rica memoria se agotaba. No se parecia, no, á sí mismo, al orador, gárrulo, pero elocuente que conocia como al dedillo hasta las minuciosidades mas insignificantes de las naciones vecinas y trataba con igual desenfado de sembraduras que de cuadros. Pero una enfermedad nueva, desconocida antes ú olvidada del mundo, virus traído de América, llamada en Francia mal español y en España mal francés, atacó de tal suerte al Rey que le hizo perder una parte de su campanilla y toda la antigua vibracion de su garganta. De tal manera una persona real de aquellos tiempos asemejábase á una clínica en movimiento. Las enfermedades misteriosas de Francisco I industriaron á Gunther en secretos del organismo y Gunther industrió al gran Besala en el estudio del esqueleto y despertó en el gran Servet el inmortal descubrimiento de la circulacion de nuestra sangre. Así Francisco I no soñaba ya con ceñirse la corona de Alemania, con renovar las cruzadas de Asia, con tener un reino suyo en Italia, con humillar la so-



berbia de España, con emular el descubrimiento de América, con ninguna de las caballerosas leyendas, pasto de su juventud, disipadas cuando apenas contaba cuarenta años y ya caía en valetudinaria debilidad y en prematura vejez. Lo que mas le dolía de todo era la triste renuncia y abandono de aquella Italia, su musa, su hechicera, su cantora, la Sultana de los ensueños amorosos, la Sibila de los presentimientos dulces, la Señora de sus ambiciones, la querida de su corazón, la primavera de su vida, la poesía de su historia.

Ya que no pudo poseerla, gozarla, recordaba los días de sus brillantes mocedades, cuando pasaba los Alpes, entre los estruendos de los aludes y los gritos de las águilas, derramándose luego con su corte por los campos de Lombardía, con la brillante lanza en su cuja, el plumaje de colores y el casco cincelado en su cabeza, el peto luminoso y áureo en la caja de su pecho, la veste de brocados y pedrerías sobre las rodilleras de bruñido acero y la gualdrapa de ricas brocaduras. Como para reproducir los viñedos de Lombardía cantados por Virgilio; los pámpanos, prendidos en guirnaldas á los olmos; los ríos recién brotados de las nieves vírgenes; los lagos celestes circuidos de jardines eternos, los palacios y los templos con sus intercolumnios inacabables poblados de estatuas resonantes como una oda helénica y teñidos de frescos deslumbradores como íris de ideas, cual dice uno de los mayores artistas modernos, el ilustre Michelet, Francisco I erigió una Italia compendiada en los bosques de Fontainebleau.

Efectivamente, allí en aquel sombrío pinar del Norte donde nosotros jamás encontraríamos esparcimiento, no digo ya por acostumbrados á las marmóreas playas mediterráneas, con sus horizontes y sus aguas celestes, por acostumbrados al sol de Guadarrama y al cielo de Madrid; en aquellos pinares sombríos abrió claros que le permitieran sobre arenas frías, levantar los teatros meridionales, nuestros monumentos risueños, si bien no podían, no, á las orillas del brumoso Sena embellecerse con la luz de Italia ó de España ni caldearse con el calor de nuestra vida exuberante. Mas en medio de los melezos y pinos umbrosos de color verdinegro, bajo aquel cielo de sombríos tintes, entre brumas del horizonte y humedades del suelo, brillan á un lado y otro las decoraciones soberbias, los intercolumnios prodigiosos, las galerías aéreas, los mascarones gigantescos de los palacios del Renacimiento, ador-

nado todo con frescos del Primatice y del Roso, con cuadros de Miguel Angel y Andrea del Sarto, con esculturas de Juan Goujon y de Leonardo Vinci. No pueden, no, recorrerse los salones del gran palacio sin tropezar por todas partes con los últimos ejemplares de Renacimiento que llevan sobre sus sienes á guisa de aureola espléndida los arreboles del ocaso de una idea cuyo primer albor luciera cien años antes en los cielos de la Europa culta. Indudablemente al visitar el palacio predilecto de Francisco I corre la mente, mal de su grado, sin pensarlo siquiera, por una espontánea é inevitable asociacion de pensamientos, al palacio de Mantua y á las iglesias de Parma, donde brillan las figuras surgidas de las paletas de Julio Romano y del Corregio. El arte, el arte quiso en aquel tiempo como en tiempo de Cristo sustituir á la religion. Los pintores, los escultores, los arquitectos, los poetas de Italia, querian instintivamente, por esas intuiciones proféticas reservadas al genio, elevar tanto el ideal de lo bello que perdieran los hombres de vista el ideal de lo bueno mantenido por los reveladores protestantes. Repítese de nuevo en la historia y en el mundo aquella competencia entre la idea moral del culto y la idea estética del arte que brilló en la misteriosa y solemne aparicion del Cristianismo. Tambien los poetas clásicos, especialmente Virgilio, el mayor de todos ellos, quisieron oponer al ideal del bien, que por todas partes buscaba el género humano anheloso, un ideal de belleza, luminosísimo como una estrella del cielo y capaz de ofuscar con sus resplandores cualquier otro sobrehumano resplandor. Pero la religion del arte, la religion del derecho, la religion de la diosa Roma, no pudo, no, vencer á la religion del bien, ideada por Cristo y difundida por los apóstoles cristianos, como no pudo la paleta de Rafael, las escuadra de Bramante, el buril de Buonaroti, el esmaltado de Cellini, las invenciones de Lope, el alma toda del Renacimiento ofuscar aquel ideal del bien, ideal renovador que llevaban los reformadores en su palabra y que difundian los discípulos de los reformadores por el mundo. Así lo comprendia instintivamente Francisco I á pesar de las perplejidades congénitas á su ánimo vacilante. En su inquieto deseo, hubiera querido fomentar la nueva religion mil veces, sobre todo, cuando sus odios á Carlos V de España le llevaban hasta á dar el alma sin escrúpulo á Soliman de Constantinopla, como si la diera de grado al mismísimo diablo. Y así como Leon X



pensó en raptó de febril entusiasmo hacer cardenal, de un salto, á Rafael, Francisco I pensó enriquecer y ennoblecer á todos los artistas del Renacimiento que podia reunir en la corte de Francia. El nombró canónigo de la Santa Capilla de Paris al Rosso; él distinguió á Vinci; él comisionó para que le adquiriera maestras obras artísticas al desgraciado Andrés del Sarto; él, ya que no pudo servir á la revolucion religiosa, sirvió á la revolucion estética, y ya que no pudo ser uno de los fundadores de la Reforma, fué uno de los fundadores del Renacimiento.

En el verano de 1534, por una de las vacilaciones frecuentes en Francisco I, reinaba cierta increíble tolerancia en el agitado Paris. Por consiguiente, Calvino pudo encaminarse á la capital y departir allí con sus antiguos amigos, sobre la cuestion religiosa. En la calle de San Martin, tienda que llevaba por nombre y por muestra «El Pelicano,» se alojó, viviendo como de costumbre bajo las alas del afecto entre sus afectos, de la constante amistad. Sus huéspedes grandemente se holgaron al recibirle y alojarle, pero tambien le previnieron contra toda excesiva confianza, conjurándole á no fiar con optimismo sobrado en la constancia del Rey, tan fácil á la bondad como á las crueldades. Aun no hacia mucho tiempo que Paris acababa de presenciar el suplicio de un protestante á quien primero le cortaron la lengua y despues le quemaron vivo. Por consiguiente, necesitábase de muchas precauciones para sostener la Reforma y difundirla en las conciencias. A pesar de ello, Calvino iba con su perseverancia en los propósitos y su prolijidad en las conversaciones, visitando á los iniciados en la nueva fe. Ya veia de grado al paralítico Bartolomé, que desde su lecho donde yacia inerte comunicaba por medio de su lengua suelta y libre, á guisa de angélica trompeta, la buena nueva. Ya iba de continuo á la tienda conocida por la enseña de «El Caballo negro,» cuyo tendero, destituido de ciencias y de letras, pregonaba, por una especie de inspiracion celeste, las ideas del Cristianismo revolucionario.

En estas relaciones frecuentes, Calvino recogia mucha y muy buena cosecha de almas; pero tambien hallaba muchas y muy horribles abominaciones de pecados y errores. Juntamente con los héroes de la revolucion arriba mencionados, encontró al italiano Camilo de Forly, charlatan quiromántico que inventara una especie de máquina para clasificar mecánicamente las ciencias, y

al sabio Amiot, gran helenista que perteneciendo en los comienzos de su renombre á los revolucionarios, concluyó por pertenecer, al fin de sus dias, á los perseguidores. Nada molestaba tanto á Calvino como que los escapados á la ortodoxia romana, cayeran en grandes errores filosóficos ó religiosos, y en vez de formar como piedras espirituales el nuevo templo de Dios, cayeran rodando á los hondos abismos del infierno. Entre los sectarios mas aborrecibles habia topado, en sus frecuentes correrías y peregrinaciones por los círculos religiosos y científicos de Paris, con un tal Coppin de Lila, quien desconocia la libertad humana y la reemplazaba por el panteismo materialista. Segun él, la voluntad no es quien obra en nosotros, sino el espíritu de Dios mismo, el Espíritu Santo. Así, llevaba tan léjos las consecuencias de sus ideas que cuando robaban á alguién, deciales que Dios robaba; y cuando á alguién mataban, sostenia que Dios era el matador. La complexion severísima de Calvino, su amor exaltado á los ideales cristianos, su deseo vehemente de que las ruinas del antiguo templo no aplastaran la libertad y el alma, lleváronle á combatir con furia estos extravíos de los ciegos, que al salir de la vieja idolatría desplomábanse, como si el error los llamase á su seno, en otra idolatría no menos horrible.

Nunca concluiríamos si hubiéramos de recoger todas las frases dichas por Calvino contra estas varias sectas. Católicos y protestantes al mismo tiempo, los sensuales panteistas de aquellos dias, lo mismo iban á los oficios de una iglesia ortodoxa que á los oficios de una iglesia reformada, cual de hallarse en Africa, hubieran ido á una mezquita, ó de hallarse en el Indostan, á una pagoda. «Salgo de una misa solemne dicha por un cardenal y he visto la gloria de Dios.» «Justo, le respondió crudamente Calvino, todo canónigo debe permanecer en su molicie y en su monasterio todo fraile, como todo puerco en su porquería.» Así, luchaba con los errores de su tiempo, y al par que separaba la conciencia humana del seno de la antigua Iglesia, perseguia, con sus racionios fortísimos, con sus flechas aceradas, con sus sarcasmos crueles, con sus severos principios á cuantos negaban la libertad del hombre y la existencia de Dios en el seno de un absorbente panteismo, apoteosis al fin y al cabo de la materia y de la fuerza.

Entre los ingenios que Calvino hallara en Paris, encontróse uno verda-